NOTAS

NOTAS

(1).—Página 4.

Inspirado por tí trazó Murillo
Su bella y lastimera "Dolorosa,"
Y al trasladar al lienzo tus enojos
Soñó tu faz y adivinó tus ojos.

Se alude al cuadro que existe en el Real Museo de Pinturas de Madrid, número 130.

Las "Vírgenes" de Murillo, superiores en mi concepto á las del mismo Rafael, gozan de fama europea y parecen llevar un sello sobrenatural.

(2).—Página 9.

Sus portentos ni asustan ni estremecen,
Sus milagros consuelan y enternecen.

Bossuet y Cantú hicieron ya notar la índole especial de los milagros de Jesucristo, no encaminados á seducir los sentidos, sino á remediar los males de la humanidad; milagros más de bondad que de poder.

(3).—Página 12.

El dolor debe estar en los altares.

Chateaubriand llama al Cristianismo religión de la adversidad, y escribe el siguiente bellísimo paralelo entre el culto pagano y el católico:

"Todo es máquina y resortes, todo es exterior, todo está hecho para los ojos en los cuadros del paganismo; todo es sentimiento é idea, todo es interior, todo ha sido creado para el alma en las pinturas de la religión cristiana ¡Qué encanto de meditación! ¡qué profundidad de pensamientos! Hay más delicia en una de esas lágrimas que el Cristianismo hace derramar al fiel, que en todos los risueños errores de la mitología. Con una "Nuestra Señora de los Dolores," una "Madre de Misericordia" y algún santo obscuro, patrono del ciego y del huérfano, puede un autor escribir una página más tierna que con todos los dioses del Panteón. ¡Aquí hay "poesía"! ¡Aquí hay "maravilloso"! Pero si queréis un "maravilloso" más sublime, contemplad la vida y los dolores de Jesucristo, y acordaos de que nuestro Dios se ha llamado "Hijo del Hombre." Nos atrevemos á predecirlo: vendrá un tiempo en que causará admiración que los hombres hayan podido desconocer las bellezas que existen sólo en los hombres, sólo en las palabras del Cristianismo; costará trabajo comprender cómo se ha podido hacer escarnio de esta religión de la inteligencia y de la adversidad."

[El Genio del Cristianismo.]

(4).—Página 18.

Ni las auras agitan,
Ni los peces habitan
El turbio, inmundo seno
De aquel lago fatal, mar de veneno;
Y si un ave atrevida
Sobre él las alas tiende
Párase, vuelve atrás desvanecida,
En revuelta espiral rauda desciende,
Y en el callado mar flota sin vida.

Las descripciones del "mar muerto" que hacen los viajeros son muy varias. La última que conozco ha sido escrita por mi amigo el señor D. Adolfo Rivadeneyra, vice-cónsul de España, y forma parte del curioso y notable libro que ha publicado recientemente con el título de "Viaje de Ceilan á Damasco."

Voy á trascribirla por más que, como los lectores observarán, no está conforme en parte con los versos que quedan copiados.

UN BANO EN EL MAR MUERTO

Jerusalem, 23 de Agosto de 1866.

La hora del alba sería, cuando saliendo de las deliciosas aguas que bañaron la frente del Hijo de Dios, ensillaba mi jaco, y por la inmensa y despoblada llanura del Jordán, me lanzaba con él á todo escape, cual si me persiguiera el grito de los manes allí abandonados, exclamando ¿á dónde va?

Iba al mar del Diablo; allí donde el brazo divino lanzó rayos de venganza sobre una pervertida raza, y donde las aguas más densas y más turbias del mundo esconden el oprobio de un pueblo... Cualesquiera otras aguas serían demasiado benignas para encubrir la ignominia de Sodoma y de Gomorra.

Menos de una hora había corrido, cuando no ya al horizonte, sino á mis pies, ví el Mar Muerto, nombre, entre los diez que se le dán, el más significativo, porque deja columbrar lo que es en realidad. Quieto se está entre dos filas de fragosas y tajadas sierras, que lo escudan á cinco leguas de distancia una de otra, del lado del Oriente y del Occidente, en cuyas empinadas faldas, que se extienden mucho más allá de donde alcanza la vista, rara vez se vieron las huellas de un ser humano, ni se oyó más rumor que el bramido de animales montaraces.

El agua, la más azul de cuantas he visto, refleja los rayos solares á manera de un espejo; nada vive en su seno, no se ve una vela, no se oye una ola ni se siente la menor aura; apenas se pecribe un olor mefítico muy ligero, que, á juzgar por mí mismo, nada tiene de pernicioso aún para personas impresionables.

Contemplando estaba aquella escena de imponente soledad, en medio de la cual me hallaba, y pensando en la magnífica

vegetación que allí suponen algunos autores, en las ruinas que dicen descubre á veces el mar, y que hubiera debido ver yo también, por hallarme en el período en que las aguas alcanzan su más bajo nivel; pero no ví más que un pájaro, que por cierto no murió tampoco de las exhalaciones del mar. Me encogí de hombros al recuerdo de estas y otras exageraciones, y con paso seguro entré en el agua. Dí los tres primeros, algún tanto sorprendido de lo trasparente del líquido en aquel corto espacio, y sobre todo de su temperatura, que, aunque tan de mañana, no por eso dejaba de estar tibia; pero no bien hube adelantado lo bastante para perder de vista el fondo, cuando, fuera recelo ó impaciencia, determiné echarme á nado. Procedí cautelosamente, pero no tanto que no salpicase un poco de agua y me entrase en el ojo derecho; sentí gran escozor, mantuve cerrados los párpados, y me volví á poner en pie; pero á los pocos momentos todo el cuerpo me escosía, y tan terriblemente, que, convéncido de mi imprevisión, quedé bien arrepentido de haberme metido en agua tan salada, después de doce horas de trotar y galopar.

"A lo hecho pecho, que al revés me la vestí y ándese así," me decía yo á mí mismo, y probé á nadar. No podía; á pesar de mis esfuerzos y de mi maña, apenas adelantaba y siempre me quedaba de costado.

Discurriendo con la prontitud del escarmentado, conocí que sobrenadando mis pies, no podía servirme de ellos, y que necesitándolos para base de mis movimientos, por precisión debía ladearme de un lado ó de otro; hícelo así dos veces, y héteme de espaldas tan cómodo y tan sin trabajo como en mi cama.

El agua me cubría los oídos y no pasaba de allí, por más que dejaba caer la cabeza; la parte superior del cuerpo apenas se mojaba, y los pies sobrenadaban siempre, como parte más ligera del cuerpo humano. Aunque menos que en la primera, también me ladeaba un poco en esta posición, y los pies seguían fuera, pero la cabeza estaba más sumergida.

Gusto me habría dado dejar flotar así mi cuerpo sin ningún esfuerzo ni movimiento; pero la picazón me impacientaba, y luego el agua era tan desagradable al tacto, y de tal naturaleza, que más que otra cosa parecía aceite.

¡Esfuerzo supremo! Allí donde la distancia entre el fondo y el nivel del agua no pasaba de tres metros quise sumergir-

me del todo; pero no obstante haber tomado bien mis medidas, me fué imposible hallar tierra; ¿qué digo? sí hallé, pero fué betún y sal, ó no sé qué especie de cieno; ¡qué hubiera sido de mí si hubiese metido el pie en materia tan pegajosa! El agua que me entró por el ojo izquierdo me dejó ciego; y á flote de nuevo, y desistiendo de hacer segunda prueba, y con los párpados más cerrados de lo que hubiera querido, me salía corriendo á tientas, cuando, ¡horror! con las ansias de alcanzar la playa bebí un buen trago de agua! ¡Qué amargura! ¡qué nauseas! Ni Leroy ni todos los suyos inventaron jamás brevaje más horrendo ni más.... ¡La toalla, volando! ¡La camisa! ¡Los pantalones! ¡A quitar la capa de sal que me punza como un millón de agujas! ¡Corriendo á secar los ojos, á limpiarme los oidos, á frotar brazos y piernas!.... Desapareció la desazón del cuerpo; pero ¿y la de la boca? ¡Qué gusto tan execrable! ¡Qué tos! ¡Ay de mi garganta! ¡Qué agua, Dios mío!... Maldita fuiste, decía yo, maldita eres y con razón... indigna de ser abrevadero de serpientes, has ido, como para vengarte, á sorprender á quien te miraba tal vez hasta con curiosidad. Bien reconozco en tí el sello de la infamia y de la corrupción.... Huye de mis miradas, escóndete..... ¡Que un diluvio de rayos te evapore, y deje tus heces para veneno de los animales más inmundos!

(Viaje de Ceilán á Damasco).

(5).—Página 19.

Donde alzó Salomón el portentoso
Templo al Omnipotente,
Que todo un pueblo fabricó, anheloso
De hacer á Dios magnífico presente.

En la construcción del templo de Salomón se emplearon:

3,600 sobrestantes.

80,000 hombres para la explotación de canteras y labra de piedras.

70,000 para la conducción de materiales.

Hiram, rey de Tiro, proporcionó artífices, y se encargó del corte de maderas del Líbano, enviándolas en balsas hasta Joppa.

El oro puro de que se hizo pródigo uso en la ornamentación del interior del templo, procedía de Paruain.

(6).—Página 23.

Perseguid el pecado cuando nace,
Y en los pliegues se oculta del deseo.

La religión cristiana, al penetrar en el secreto del pensamiento, al condenar el deseo, al ordenar ahogar en su cuna el mal, ¿es una religión profundamente sábia y civilizadora, ó es una religión tiránica é impracticable? El primero de los filósofos modernos, el ilústre y malogrado Bálmes, examina este asunto, y prueba de una manera indudable que el precepto cristiano está fundado en la misma naturaleza del corazón del hombre. Creo que mis lectores verán con gusto las líneas que en pró de esta idea escribió nuestro eminente compatriota:

"Meditando sobre la naturaleza del corazón del hombre, y ateniéndonos á lo que nos enseña la experiencia de cada dia, puede asegurarse que el medio más adaptado para enfrenar una pasión es dejarla sin esperanza, y que el condescender con ella, el permitirle contínuos desahogos, es incitarla más y más, es juguetear con el fuego al rededor del combustible, dejarle que prenda en él una y otra vez, con la vana confianza de que siempre será fácil apagar el incendio.

"Demos una rápida ojeada sobre las pasiones más violentas, y observemos cuál es su curso ordinario, según el sistema que con ellas se practica. Ved al jugador, á ese hombre dominado por un desasosiego indefinible, que abriga al mismo tiempo una codicia insaciable y una prodigalidad sin límites; que ni se contenta con la más inmensa fortuna, ni vacila en aventurarla á un azar de un momento; que en medio del mayor infortunio sueña todavía en grandes tesoros; que corre afanoso y sediento en pos de un objeto que parece el oro, y que, sin embargo, no lo es, pues que su posesión no le satisface; ved á ese hombre cuyo corazón inquieto solo puede vivir en medio de la incertidumbre, del riesgo, suspenso entre el temor y la esperanza, y que al parecer se complace en esa rápida sucesión de vivas sensaciones, que de continuo le sacuden y atormentan: ¿cuál es el remedio para curarle de esa enfermedad, de esa fiebre devoradora? Aconsejadle un sistema de condescendencia, decidle que juegue, pero que se limite á cierta cantidad, á ciertas horas, á ciertos lugares, ¿qué

lograréis? Nada, absolutamente nada. Si estos medios pudieran servir de algo, no habría jugador en el mundo que no se hubiese curado de su pasión, porque ninguno hay que no se haya fijado mil veces á sí mismo esos límites, que no se haya dicho mil veces: "Jugarás no más que hasta tal hora, no más que en este ó aquel lugar, no más que sobre tal cantidad." Con estos paliativos, con estas precauciones impotentes, ¿qué le sucede al desgraciado jugador? que se engaña miserablemente, que la pasión transige para cobrar fuerzas y asegurar mejor la victoria, que va ganando terreno, que va ensanchando el círculo prefijado, y que vuelve á los primeros excesos, si no á otros mayores. ¿Queréis curarle de raíz? Si algún remedio queda, será, no lo dudéis, abstenerse desde luego completamente. Esto á primera vista será más doloroso, pero en la práctica será más fácil: desde que la pasión vea cerrada toda esperanza empieza á debilitarse, y al fin desaparecerá. No creo que ninguna persona experimentada tenga la menor duda sobre la exactitud de lo que acabo de decir, y que no convenga conmigo en que el mejor medio de ahogar esa formidable pasión es quitarle de una vez todo pábulo, dejarla sin esperanza.

"Vamos á otro ejemplo: Supongamos á un hombre señoreado por el amor; ¿creeis que para curarle será conveniente consentirle un desahogo, concediéndole ocasiones, bien que menos frecuentes, de ver á la persona amada? ¿Pareceos si podrá serle saludable el permitirle la continuación, vedándole empero la frecuencia? ¿Se apagará, se amortiguará siquiera, con esa precaución la llama que arde en su pecho? Es cierto que no: la misma compresión de esta llama acarreará su aumento y multiplicará su fuerza, y como por otra parte, se le va dando algún pábulo, si bien más escaso, y se le deja un respiradero por donde puede desahogarse, irá ensanchando cada día ese respiradero, hasta que al fin alcance á desembarazarse del obstáculo que le resiste. Pero quitad á esa pasión la esperanza: empeñad al amante en un largo viaje, ó poned de por medio algunos impedimentos, que no dejen entrever como probable, ni siquiera posible, el logro del fin deseado, y entonces, salvas algunas rarísimas excepciones, conseguiréis primero la distracción, y en seguida el olvido. ¿No es esto lo que está enseñando á cada paso la experiencia? ¿No es este el remedio que la misma necesidad sugiere todos los días á los padres

de familia? Las pasiones son como el fuego; se apaga si se le echa agua en abundancia, pero se enardece con más viveza, si el agua es poca é insuficiente.

"Pero elevemos nuestra consideración, coloquémonos en un horizonte más vasto, y observémos las pasiones en un campo más extenso y en regiones de mayor altura.

¿Cuál es la causa de que en épocas tormentosas se exciten tantas y tan enérgicas pasiones? Es que todas conciben esperanzas de satisfacerse; es que volcadas las clases más elevadas, y destruídas las instituciones más antiguas y colosales, y reemplazadas por otras que antes eran imperceptibles, todas las pasiones ven abierto el camino para medrar en medio de la confusión y de la borrasca. Ya no existen las barreras que antes parecían insalvables, y cuya sola vista, ó no dejaba nacer la pasión, ó la ahogaba en su misma cuna; sólo se necesita valor y constancia para saltar intrépido por enmedio de los escombros y ruinas que se han amontonado con el derribo de todo lo antiguo."

(El Protestantismo comparado con el Catolicismo).

(7).—Página 36.

.....Que el alma recogida
En éxtasis interno,
Sin ostentoso culto
Al Padre puede orar;
Al Padre Santo Espíritu,
Sublime y sempiterno,
De quien el mundo es templo
Y el corazón altar.

El venerable P. Scio, Obispo de Segovia, en cuyas notas á la "Biblia" resplandecen la más sana crítica y la más profunda erudición, hace el oportuno comentario que sigue acerca de la enseñanza que se desprende de las palabras de Cristo á la Samaritana:

"Ha llegado el tiempo en que el culto del verdadero Dios no estará ceñido á este ó al otro lugar ni á ésta ó la otra nación. Ha llegado el tiempo en que los verdaderos adoradores le darán un culto espiritual y verdadero por la fe, la esperanza y la caridad; culto muy diferente del que le dan ahora los judíos, que sólo consiste en figuras exteriores y figurativas.

"Jusucristo no "excluye" por eso todo culto exterior, nos enseña solamente que es inútil y que no puede honrar á Dios, "cuando no va fundado sobre" el interior del espíritu."

(8).—Página 46.

¿Es á tus ojos más culpable
La adúltera mujer que Magdalena?

La cuestión que aquí se indica ha sido tratada por Jovellanos con tanta valentía como elocuencia, en su célebre epístola á Arnesto, de la que copio los siguientes versos:

"Veo apagadas las nupciales teas. . . . . .
. . . . . .¿Quién ¡oh Témis!
Tu brazo sobornó? Le mueves cruda
Contra las tristes víctimas que arrastra
La desnudez ó el desamparo al vicio;
Contra la débil huérfana, del hombre
Y del oro acosada, ó al halago,
La seducción y el tierno amor rendida
La expilas, la deshonras, la condenas
A incierta y pura reclusión, ¿y en tanto
Ves, indolente, en los dorados techos
Cobijado el desorden, ó le sufres
Salir en triunfo por las anchas plazas,
La virtud y el honor escarneciendo?"

(9).—Página 48.

Y por tu mano inmaculada escrito
De fuego eterno con buril ardiente,
En su pálida frente
Lleve por todo nombre su delito.

Aparte de ésta, las demás mujeres son conocidas en el Evangelio, ya por su nombre propio, como María, Magdalena, Salomé, etc.; ya por su patria, como la Samaritana, la Cananea; ya por el nombre de su familia, como la hija de Jairo.

(10).—Página 51.

El hombre delinquió, nubló el pecado
La viva luz de la divina gracia,
Y el Rey universal de lo creado
Es el doliente rey de la desgracia.

Nuestra religión enseña que el hombre ha nacido en el pecado. Séneca, Cicerón y otros sabios de la antigiiedad, indicaron que debía haber alguna causa divina de nuestros males y errores, y que nuestra existencia es una especie de castigo. Los hierofantas, al explicar á los iniciados los más recónditos misterios del templo de Eleusis, establecían la máxima de que los hombres han nacido expresamente para expiar en esta vida faltas cometidas en otra vida precedente.

Pascal manifiesta que la trasmisión del pecado original es el más incomprensible de todos los misterios de nuestra religión, pero sin el que no podemos tener conocimiento alguno de nosotros mismos. Este misterio es inconcebible, añade, pero aún es más inconcebible el hombre sin este misterio.

(11).—Página 53.

A los cuidados del hogar atenta.

Marta estaba afanada de continuo en las haciendas de la casa. (San Lucas, Cap. X.).

(12).—Página 63.

Y es Berenice el nombre de la hermosa
De Palestina encanto.

La Verónica es una figura meramente tradicional, de la que no hablan los libros sagrados, y cuya existencia ha sido negada por varios críticos.

El nombre de Verónica está compuesto de una palabra griega y otra latina, que significan "verdadera imagen," aludiendo al rostro de Cristo, impreso en el lienzo que lleva en sus manos, que es como constantemente la han presentado escultores y pintores.

Su verdadero nombre es el de Berenice.

Hojeda en su "Cristiada," refiere en las dos siguientes octavas la piedad de esta mujer:

"Y tú también entonces, Berenice,
Dejaste al vivo impresa la alta historia
De este paso á la Iglesia, que bendice
Hoy tu nombre y conserva tu memoria:
¡Oh pía osadamente! ¡oh tu felice,
Que en tanta pena lumbres de su gloria
Hurtaste al afligido Dios, oculto
En una estampa del humano bulto!

"Esta mujer, en medio de la calle,
Salió á mirar á Cristo lastimado,
Y viendo un hombre de tan lindo talle
Con tan graves tormentos fatigado,
El rostro con piedad llegó á limpialle,
Y en el lienzo tan fiel quedó estampado,
Que hoy muestra Roma en él su origen vivo
Y el pecho de la dueña compasivo."

El Papa Bonifacio VIII, hizo llevar de la Iglesia del Espíritu Santo á la de San Pedro, un lienzo llamado "verónica," sobre el que está trazada la imágen del Salvador del mundo.